

Trebejos

T E D I U M V I T A E

E D I T O R I A L

Trebejos
CLAUDIO ISAAC

Colección: APUNTES

Primera edición, 2023

Copyright © 2022 Claudio Isaac

D.R. © 2022 Everness S.A. de C.V.
Av. Hidalgo 1769, Ladrón de Guevara, C.P. 44600
Guadalajara, Jalisco, México
www.tediumvitae.com

Diseño editorial: *Estudio Tangente, S.C.*
Corrección y cuidado de edición: *Lourdes Asiain Córdoba e Isabel Orendáin*
Fotografía de Claudio Isaac en portada: *Tihui Gutiérrez*
Diseño de portada: *Maricris Herrera | Estudio Herrera*

ISBN: 978-607-95897-4-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio material o electrónico sea o no con fines de lucro, sin la autorización escrita del titular del Copyright.

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

9 / Prólogo

13 / I

VINE A COMALA

27 / II

VEINTIDÓS RECUERDOS PÓSTUMOS
DEL CINE MEXICANO

55 / III

NOTAS SUELTAS DE UN PINTOR

79 / IV

FAMULUS, FAMULI

79 / Aflicción recurrente

80 / Bajo vigilancia

80 / Lo que esconde el tío Enrique

81 / Vicente y su chelo

82 / Eloína erguida

84 / Robar iglesias

85 / Irene espera

86 / Excelente desempeño

87 / Las esperanzas del tío Guillermo

90 / Fehorías de Alicia

91 / Verdad como una casa

92 / Las prioridades de Guillermo, el hijo

94 / El coronel y su general

94 / Padre tahúr

96 / Pensar lo peor

97 / Por seguir a Lindbergh

100 / Después de la primera comunión

101 / *Pichón* y la lotería

103 / Historia del copista

106 / Negocio redondo

107 / Impulso de perro

108 / Opiniones de una viuda

PRÓLOGO

No fui lector de niño, por más que mi padre me acercara libros de Mark Twain o Tolkien. En cambio, durante la adolescencia comencé a leer con entrega singular y en cronología inversa: no el *Poema del Mio Cid*, sino a Joyce, Virginia Woolf, Marcel Proust, Eliot y Rilke.

Como refiero en mis notas de pintor incluidas aquí, de Joyce me causó honda impresión su tesis sobre las epifanías, cuyos postulados plantea en la temprana novela *Esteban, el héroe*: “por epifanía se estaba refiriendo a las repentinamente manifestaciones espirituales [...] y creía que era labor del hombre de letras el registrarlas [...] siendo que éstas representan los momentos más delicados y evanescentes [...]”.

Aún me parece vigente como aproximación a la escritura. Al paso de los años, me siguen deslumbrando tantos destellos verbales de Joyce; sin embargo, mi admiración por el hombre ha cambiado, y hoy coincido más con la impresión que de él reportó Stefan Zweig en sus *Diarios*: “Parece un tipo

excéntrico al que, como a todos los necios y egocentristas, sólo le preocupa su propia persona [...]”.

En fin, al margen de tendencias literarias o consignas estéticas, buena parte de mi trabajo escrito ha tendido siempre a la concisión: más que el resultado de un esfuerzo por el pulimiento estilístico, es mi modo espontáneo de recoger impresiones, como si fuese la representación del microcosmos que es consistente con la introspección, el registro intimista que he buscado desde mis inicios. Tanto en mis pocos libros publicados, como en artículos, crónicas y ensayos, he procurado que cada párrafo posea una estructura que le confiera un grado de autonomía respecto a la totalidad del texto, al igual que cada capítulo. Todo ello marca una clara afinidad con la colección *Apuntes* de esta editorial, por lo que la invitación a participar en ella ha fluido como algo natural del todo.

En “Vine a Comala” recojo historias oídas o anécdotas vividas al visitar a mi padre en su casa de Comala, Colima, un huerto adonde se fue a vivir cumplidos los sesenta años. Trato de capturar el aire que rodeaba a mi padre en esa provincia y creo que el guiño rulfiano se queda en el título. “Veintidós recuerdos póstumos del cine mexicano” recupera algunos pasajes para mí entrañables —de nuevo, unos escuchados, otros vividos personalmente—, a lo largo de varias décadas de trabajar en la industria cinematográfica o al mar-

PRÓLOGO

gen de ella. “Notas sueltas de un pintor” resume reflexiones de lo que ha sido mi oficio más longevo. “Famulus, famuli” reúne unos cuantos episodios de mi parentela que, hasta donde alcanzo a entender, pudieran haberle ocurrido al grupo familiar de zutano o perengano: son historias de mi gente, pero podrían ser las de cualquiera. Toda familia guarda trebejos.

CLAUDIO ISAAC

I

VINE A COMALA

DE UN POBLADO a las faldas del volcán de nieve llegó, de nueva cuenta, el rumor del final del mundo. Esta vez se decía que todo se acababa en tres semanas, que ahora sí iba en serio. Algunas personas en Comala se burlaron del asunto y otras, la mayoría, se dejaron llevar por la aflicción. Mi vecino, Rutilio González González, criador de puercos, fue el que me sorprendió más. Ante el anuncio reflexionó así:

—Mira, vale —me dijo como en confesión—, yo siempre quise tener un camión de redilas, pero nunca se me hizo. Creo que ahora es cuando, porque con lo ahorrado me alcanza para pagar el enganche...

Rutilio calculaba que para cuando le tocara pagar la segunda mensualidad, el mundo ya habría desaparecido. Durante esta fiebre del Apocalipsis que asoló al pueblo, él era el único que andaba feliz y campante, con cara de anhelo cumplido.



DE NIÑA, a Elpidia le daba por comer tierra, en parte porque la familia era pobre y de vez en vez estaba hambrienta, pero también por unos arranques de antojo que se le desataban tras la lluvia, con el olor a tierra mojada. Empezó partiendo macetas de barro y comiéndose los pedazos, pero cuando la regañaron por los destrozos en el patio, acabó hincándose frente a la jardinera y tragándose los terrones a manos llenas.

El vicio le fue aumentando y, puesto que ya no quería comer otra cosa, le acabaron dando la debilidad y los síntomas de la anemia. Hubo que llevarla, ojerosa y con temblores, a que el boticario de Villa de Álvarez le recetara un montón de vitaminas y sustancias. Se salvó por muy poco.

Ya adulta, cuando Elpidia se embarazó de los gemelos, regresó la amenaza junto con la temporada de aguaceros y avivada por los caprichos súbitos de su condición. Danilo, su marido, la traía vigilada todo el día, y cuando salía, dejaba a su suegra cuidando que no se acercara demasiado a los arriates de la terraza y sus tentaciones.

Todavía ahora, ya vieja, se inquieta cuando los nubarrones anuncian la lluvia, y ella misma pide que le amarren las muñecas al brazo de la silla de jardín. Así, como Odiseo con el

canto de las sirenas, ella disfruta el aroma de la tierra húmeda, sabiendo que no corre peligro.



UN SIRENO de costumbres lascivas habita en las playas de Colima y Jalisco, se dice que maniobra como un fauno de los mares, seduciendo a las jóvenes bañistas, sobre todo a las que son vírgenes.

La leyenda viene muy bien en aquellos casos en que una señorita de sociedad queda embarazada. Lo más hermoso es el nombre del personaje mítico: *El Gentil*.

—Padre —dirá la muchacha que ya no puede ocultar su vientre crecido—, ¿recuerda usted esa vacación en que fuimos a la boca del río Pascuales? Pues no le había querido decir, pero una tarde, al pasarme del agua dulce a la del mar, esquivé un par de olas mansas y luego una fuerza desde el fondo me tomó del tobillo, me jaló y me hundió y me hizo suya... era El Gentil.



DE TANTO DEPILARSE a la usanza de las actrices de una era extinta, Micaela se ha quedado sin cejas. Se las tiene que de-

linear con lápiz cada mañana. De esto, la única ventaja parece ser que, día a día, puede dibujarse las cejas de acuerdo con el ánimo con que haya amanecido: arqueadas, fruncidas, espesas, delgadas. Si tiene algo que desaprobarle a su marido Jorge Rocha, conviene que sean fruncidas, así lo atormenta desde antes de pronunciar palabra alguna. Él dedica gran parte de su tiempo a la *creación* de automóviles y otros artefactos. Con distintas piezas sueltas construyó un órgano eléctrico, en el que, sin haber recibido lecciones formales, toca con aire inspirado antes de la hora de comer. También fabricó una motocicleta con partes de un viejo Mercedes-Benz.

—Cuando lo abrí en pedazos —explica—, me di cuenta de lo bien hechos que están esos méndigos carros alemanes... Una chulada...

Pero su gran obra es, sin duda, el que llama su “Rolls-Rocha”, concebido a partir de la retacería de varios autos insertables. La parrilla del auto singular ostenta una placa metálica con las iniciales J-N-R. ¿Qué significan? En realidad, Jorge se llama José Natividad Rocha, pero al cumplir los cuarenta años le gustó más el nombre Jorge, así es que lo adoptó. Pronto no había quien no lo llamara, de buena gana y sin mayor cuestionamiento, por su nuevo nombre.

Todos sus artefactos están pintados con un color bermeillon buganvilla, cuyo tono impar consiguió después de meses

de experimentar mezclas de distintas lacas automotrices. —Es mi color distintivo —ha dicho con orgullo—; este solo lo tengo yo. En general, luce satisfecho del resultado, aunque de pronto, brevemente, duda: —¿No estará muy jotón?

Rocha es dueño de una sala de cine que está a la entrada de la Villa de Álvarez. Toda la familia labora ahí: unos en la *lonchería*, guisando y sirviendo; otros en la taquilla o recogiendo boletos en la entrada. Aunque solo son quince minutos de carretera para transportarse desde Comala, usan un auto convencional, la vagoneta de Micaela, pues todos ellos saben que el “Rolls” es temperamental y, por tanto, poco confiable; a menudo se queda varado en el camino. En todo caso, Rocha se toma las cosas con calma.

DECIRES DE ROCHA:

“No entiendo a los de la ciudad, que güevonean de prisa. Hay que güevonear despacio, como en la provincia”.

“Las mujeres, como los relojes: cuando jalan, jalan”.

“Las mujeres, como las pistolas: ocupan hombre”.

Se entiende que, aquí, el término “ocupar” equivale a requerir. A la hora del aperitivo, Rocha prepara en un vaso alto un coctel al que bautizó como el “Rocha Special”, que no “ocu-

pa meneo”, ya que, al agregársele agua mineral burbujeante al final, los ingredientes se mezclan por sí mismos.

De las frases sobre mujeres existen muchas otras que podrían denotar una veta misógina y de dominación masculina. La verdad es que aquí hay un matriarcado encubierto. Rocha habla, bravuconea, pero Micaela manda.



LA NANA JULIA, al cuidado de los más pequeños de la familia Ahumada, les imparte sus primeras lecciones de geografía durante un día de campo. Señala una formación de nubes grises más allá de las montañas del Jabalí.

—Niños —les dice con dulzura inolvidable—, ¿ven esas nubes abultadas allí a lo lejos? Pues quiere decir que está lloviendo en China.



DON ERNESTO, el octagenario encargado de las plantas en la Plaza de Armas, puede ser visto por las noches revisando concienzudamente las jardineras con una linterna. No son horarios para un empleado municipal de su naturaleza, pero es que él busca los rastros devastadores de las hormigas arrieras.

Declara Ernesto: “Las arrieras *saben* salir de noche”.



UN VIAJE A MARTE, novela de ciencia ficción naíf de un autor comlimense, narra la aventura de un grupo internacional de cosmonautas que pretendía ir a la luna, pero por un error de cálculo en la navegación termina en Marte. Justo antes de entrar por la escotilla de la nave, el jefe de la expedición propone: “Se me ocurre que, puesto que venimos miembros de distintos países, adoptemos para las mediciones el sistema métrico decimal”.

Mientras se aprueba la moción, la única cosmonauta mujer aprovecha para sacar su espejito de bolso y pintarse los labios. La nave despegamos, pero un medidor del tablero empieza a fallar. —¿Qué haremos? Esto tendría que arreglarlo un experto —comentan entre sí—. Nadie se pregunta por qué, dentro del grupo selecto de viajeros, no hay un experto en la materia tecnológica. Así, van a dar a Marte.



EN EL RÍO ARMERÍA, un trío de niños en calzones practica clavados. Es la distracción obligada para aquellos que viven en el mísero caserío sin nombre que está asentado del otro lado de la carretera. De pronto, interrumpen su actividad,

admirados por la presencia de una pareja de turistas, evidentemente capitalinos. De estos personajes todo les parece sorprendente y novedoso, desde el acento que ellos consideran “cantado” hasta la marca de cigarrillos que fuman. Quieren acercarse, hacerles conversación, pero la estampa cosmopolita les impone. Uno de ellos se aventura a hablarles y, alardeando de también poseer bagaje mundano, les espeta su mejor carta:

—Pues yo tuve un tío que murió en un hospital de Guadalajara...



LA LUCHA LIBRE al aire libre. Un círculo de gradas, rodeado por altas y espigadas palmeras. Un cielo estrellado. En el cuadrilátero se enfrentan un enmascarado convencional, de capa satinada, y un luchador de pelo exageradamente largo, de los llamados “rudos”. En el primer asalto, los contendientes se semblantean prolongadamente, sin llegar a tener contacto. Impacientado, un miembro del público rompe el silencio con un grito ronco: “¡Ya rómpele su madre, pinche *Daniela!*”

Por supuesto, el aficionado le habla al “rudo” y le dice “Daniela” en referencia a la cantante de moda Daniela Romo,

quien característicamente lleva el pelo hasta la cintura. Como siempre, los comentarios espontáneos del público rivalizan con el espectáculo y amenazan con distraer el interés.

‡

EN EL AEROPUERTO de Manzanillo se reúnen fotógrafos de prensa y reporteros, pues están llegando esa mañana diversas figuras del espectáculo que participarán en un palenque.

Baja la escalerilla del avión el actor y cantante Jorge Vargas y lleva del brazo a una mujer rubia. Aunque la carrera del señor Vargas ya abarca un par de décadas, hay que admitir que es más famoso por haber estado casado con Lupita D'Alessio, cantante popular cuyas canciones combativas que desmitifican el machismo reinante han convulsionado y escandalizado a la buena sociedad. Vargas, que no suelta a la rubia, es abordado por los reporteros. Uno de ellos le acerca un micrófono y pregunta: —Jorge, ¿su nueva esposa también es cantante?

A lo que, seco, él responde: —No, es francesa.

Si seguimos la lógica del pensamiento de Jorge Vargas, lo francés quita lo cantante. En realidad, muchos piensan lo mismo, con todo y la evidencia de Edith Piaf.



LEONCIO, QUE PINTA carteles comerciales, y Estela, que es subgerente de la sucursal Tecomán de un banco, se citan cuando pueden en un motel del pueblo contiguo, para evitar que alguien conocido los vea o identifique sus autos. Se entiende que ambos están casados por su lado y llevan vida de familia en Tecomán. Los fines de semana es habitual que los lugareños pasen el día en el paraje costero más cercano, Los Huizaches. Desesperada por resolver esta situación que le oprime, Estela le propone a Leoncio asistir al paseo costero el domingo entrante, cada quien con su familia, cada familia en un sitio propio de la misma playa.

—A una hora acordada, las once y media, coincidimos en meternos al mar —explica Estela—. Tú por los riscos, yo por donde las palapas, pero ambos a la vista plena de todos los asistentes, la sociedad de Tecomán. Nos adentramos en el mar, treinta, cuarenta metros y luego nos dejamos llevar por la corriente.

Ante la inquietud de Leoncio, ella añade: —Iríamos a dar a la playa de Cocoterros.

—¿Y qué más? —pregunta Leoncio.

—Y ahí tomamos el camión de línea que sale a la una para el Norte... Yo tengo una tía Amparo que vive en Tijuana.

No se sabe si los amantes se ahogaron en el arrastre de la marea o si viven en Tijuana, nadie conocía a la tía Amparo.



ENCORVADA, ENJUTA y desdentada, con el cabello blanco amarrado en un chongo, siempre vestida de negro, Juanita es la caricatura de una viuda de pueblo (sin el vestido, una bruja de Goya, indudablemente). Poco después de morir su marido —un borracho abusador que solo dejó deudas... otro personaje pasado de típico—, ella se vio obligada a trabajar como empleada doméstica en casa de alguna familia adinerada de Comala. Pronto se producen rispidez y conflictos con la cocinera y la lavandera, a quienes les ha inventado chismes que le lleva a la patrona. Pero, sobre todo, se ha dejado llevar por delirios lúbricos, y ha inventado que el joven jardinero suplente, Josué, un fanático del fisicoculturismo, la persigue con intención de violarla.

Muere una tía lejana de Juanita y le hereda una casa, joyas y un poco de dinero. Consecuentemente, deja su empleo y se dedica a atender la casa: barre, trapea, pule vasijas, limpia la plata. Con una franela repasa la superficie de los macizos muebles de marquetería *Art déco* que destacan como el más valioso de sus tesoros. Por un rato se sienta discreta-